

**[Sobre Max Eastman, Marcel Prévost, Paustovsky y Yakov
Ilyine. Extracto del *Diario de exilio. 1935*]
León Trotsky
5 de mayo de 1935**

(Versión al castellano desde L. Trotsky, *Journal d'exil. 1935*, Gallimard, París, 2008, páginas 130-136)

Hoy elecciones. La movilización de todas las fuerzas del orden se hace bajo la consigna del “anticolectivismo”. Sin embargo, los dos partidos obreros no se han atrevido a desplegar la bandera socialista para no asustar a las “clases medias”. Así que, de su programa socialista, estos desafortunados partidos sólo extraen desventajas.

La *TSF* emite *Madame Butterfly*. Es domingo, estamos solos en casa: los dueños se han ido, ya sea de visita o a cumplir con su deber cívico, a votar... Por la calle han pasado grupos de ciclistas, el de delante tarareaba *La Internacional*¹; al parecer, un piquete electoral obrero. Los dos partidos obreros y las dos organizaciones sindicales están políticamente vacíos y, sin embargo, poseen una enorme fuerza de inercia histórica. El carácter orgánico de los procesos sociales, incluidos los políticos, es especialmente tangible en los momentos críticos, cuando las viejas organizaciones “revolucionarias” resultan demasiado lastradas para dar el giro necesario a tiempo. Qué inanes “teorías” tienen Max Eastman y otros sobre los “ingenieros” revolucionarios que construyen pretendidamente nuevas formas sociales, según sus propias directrices, con los materiales que tienen a mano. ¡Y este mecanicismo norteamericano intenta hacerse pasar por una teoría adelantada al materialismo dialéctico! Los procesos sociales están mucho más cerca de los procesos orgánicos (en sentido amplio) que de los procesos mecánicos. Un revolucionario, que se apoya en la teoría científica del devenir social, está mucho más cerca, en su manera de pensar y de trabajar, del médico, y en particular del cirujano, que del ingeniero (¡aunque el norteamericano Eastman tiene, sobre la construcción de puentes, nociones verdaderamente infantiles!) Al igual que el médico, el revolucionario marxista es llevado a apoyarse en el ritmo autónomo de los procesos vitales... En las condiciones actuales de Francia, el marxista pasa por “sectario”, la inercia histórica, incluida la de las organizaciones obreras, está en su contra... La corrección de la prognosis marxista *debe* revelarse, pero puede revelarse de dos maneras: por un giro de las masas que las ponga a tiempo en el camino de una política marxista, o por el aplastamiento del proletariado (tal es la alternativa de la época *actual*).

En 1926, N. y yo estábamos en Berlín en esta estación del año. La democracia de Weimar aún estaba en pleno apogeo. La política del Partido Comunista Alemán hacía tiempo que se había desviado del marxismo (si es que alguna vez había estado sobre los raíles), pero el propio partido seguía presentando una fuerza imponente. Fuimos de incógnito a una manifestación en *Alexanderplatz*. Una enorme masa de gente, una multitud de banderas, discursos llenos de seguridad. La sensación era que sería difícil maniobrar este pesado coloso.

Más abrumadora fue la impresión que me causó el politburó el primer jueves después de mi regreso a Moscú. Molotov era entonces jefe de la Comintern. No es un tonto, tiene carácter, pero es estrecho de miras, obtuso, sin imaginación. No conoce Europa, no lee idiomas extranjeros. Al sentir su debilidad, se obstina en afirmar su

¹ En esta misma página las letras de [La Internacional](#).

“independencia”. Los demás sólo apoyan. Recuerdo que Rudzutak, refutando mis argumentos, pretendió corregir mi traducción de *L’Humanité*, que según él era “tendenciosa”: me quitó el papel de las manos, y siguió las líneas con el dedo, perdiéndose en ellas, confundiéndose y haciendo de su arrogancia un escudo. Los demás, una vez más, lo “apoyaban”. Se había instituido entre ellos un acuerdo de solidaridad como ley intangible (por una decisión especial secreta de 1924 los miembros del politburó se comprometieron a no entrar nunca en polémicas abiertas entre ellos y a apoyarse invariablemente en cualquier polémica conmigo). Ante esta gente me encontraba como ante un muro sin ventanas. Pero eso no es, por supuesto, lo principal. Detrás de la ignorancia, la estupidez, la terquedad y la ira de los individuos, se podían ver las características sociológicas de una casta privilegiada, extremadamente sensible, extremadamente sutil y extremadamente emprendedora en todo lo que afectaba a sus *proprios intereses*. De esta casta dependía por completo el Partido Comunista Alemán. Esta fue la tragedia histórica de la situación. El final llegó en 1933, cuando el enorme Partido Comunista de Alemania, minado internamente por las mentiras y el fingimiento, se desmoronó hecho polvo con la llegada del fascismo. Esto no fue previsto por los Molotov y los Rudzutaks. Y, sin embargo, había sido posible preverlo...

Lo que importaba no era la estrechez de miras de los individuos, ni la miopía personal de Molotov, y todos los acontecimientos posteriores lo demuestran. La burocracia se ha mantenido fiel a sí misma. Sus características básicas sólo se han acentuado. En Francia, la Comintern sigue una política no menos desastrosa que en Alemania. Y, sin embargo, la inercia histórica sigue activa. Esos jóvenes en bicicleta que tararean *La Internacional* casi seguro que figuran bajo la bandera de la Comintern, que no puede traerles más que derrotas y humillaciones.

Sin la intervención consciente de los ahora relegados “sectarios”, es decir, la minoría marxista, es absolutamente imposible encontrar la vía principal. Pero se trata de una intervención en un proceso orgánico. Hay que conocer las leyes, igual que un médico tiene que conocer “el poder curativo de la naturaleza”.

Después de dos semanas de trabajo intensivo estaba agotado, y leí algunas novelas. *Clarisse et sa fille* de Marcel Prévost. Una novela virtuosa a su manera, pero es la virtud de una vieja cortesana. ¡Prévost psicoanalista! Se refiere a sí mismo varias veces como “psicólogo”. Como autoridad en el conocimiento del corazón, también cita a Paul Bourget. Recuerdo con qué merecido desprecio, con qué asco incluso, juzgaba Octave Mirbeau a Bourget. Y francamente, ¡qué literatura tan superficial, falsa y podrida!

Una historia rusa: *Cólquida* de Paustovsky. El autor es obviamente un marino de la vieja escuela que participó en la guerra civil. Un hombre dotado, superior en técnica a los llamados “escritores proletarios”. Pinta bien la naturaleza. Se reconoce el ojo agudo del marinero. En la evocación de la vida soviética (en Transcaucasia) se asemeja a veces a un buen gimnasta, los codos pegados al cuerpo. Pero hay imágenes conmovedoras de trabajo, sacrificio y entusiasmo. Lo más logrado, por extraño que sea, es el retrato de un marinero *inglés*, varado en el Cáucaso, que se ve envuelto en el trabajo de todos.

La tercera novela que he leído ha sido *La gran cadena de montaje*, de Yákov Ilyin. Aquí tenemos un espécimen puro de lo que se llama “literatura proletaria”, y no el peor espécimen. El autor cuenta la “novela” de una fábrica de tractores: su construcción y puesta en marcha. Muchas preguntas y detalles técnicos, y aún más discusiones sobre ellos. Está escrito de forma relativamente ágil, aunque no deja de ser un trabajo de aprendiz. En este trabajo “proletario”, el proletariado está en un segundo plano, en el fondo, el proscenio pertenece a los organizadores, los administradores, los técnicos, los

capataces (y las máquinas herramientas). La brecha entre la capa superior y la masa recorre toda esta epopeya de una cadena de montaje norteamericana en el Volga.

El autor es extraordinariamente devoto de la línea general, su actitud hacia los jefes está impregnada de reverencia oficial. En cuanto a definir el grado y la sinceridad de estos sentimientos, es difícil, ya que son obligatorios y se imponen a todos; lo mismo ocurre con el odio a la oposición. Los trotskystas ocupan un cierto lugar en la novela, aunque secundario: el autor les atribuye laboriosamente puntos de vista tomados de los editoriales y acusaciones de *Pravda*. Y, sin embargo, a pesar de este carácter estrictamente bienintencionado, la novela parece en algunos momentos una sátira del régimen estalinista. La grandiosa fábrica se pone en funcionamiento sin terminar: hay máquinas-herramientas, pero los trabajadores no tienen dónde alojarse, el trabajo no está organizado, falta agua, en todas partes hay anarquía. Hay que suspender la marcha de la fábrica y reequiparla. ¿Suspender el funcionamiento de la fábrica? ¿Pero qué dirá Stalin? Veamos, hicimos la promesa en el congreso, y así sucesivamente. Un bizantinismo repulsivo, en lugar de consideraciones funcionales. El resultado: un monstruoso derroche de fuerza humana, y malos tractores. El autor imagina un discurso de Stalin en la reunión de los responsables administrativos: “¿Reducir los índices de producción? Imposible. ¿Y occidente?” (En abril de 1927, Stalin sostenía que la cuestión de los ritmos de producción no tenía relación con la cuestión de la construcción del socialismo en el entorno capitalista: el ritmo era nuestro “asunto interno”). Por tanto: reducir los ritmos asignados desde arriba es “imposible”. Pero, ¿por qué el coeficiente se fija en veinticinco y no en cuarenta o setenta y cinco? El coeficiente fijado no se alcanzará de todos modos, y si se acerca, será a costa de una menor calidad y del desgaste de la vida de los trabajadores y de los equipos. Todo esto es evidente en Ilyine, a pesar de la devoción oficial del autor.

Algunos detalles son chocantes. Ordzhonikidze (en la novela) trata de *tu* a un trabajador, y el trabajador de *usted*. Así es como se desarrolla todo el diálogo, y al autor le parece que está dentro del orden de las cosas.

Pero lo más siniestro de esta cadena de montaje es la falta de derechos políticos y la impersonalidad de los trabajadores, especialmente de la juventud proletaria, a la que sólo se le enseña a someterse. A un joven ingeniero, resentido por las exageradas tareas impuestas, le reprocha el comité del partido por su reciente “trotskysmo” y lo amenaza con la exclusión. Los jóvenes miembros del partido discuten por qué nadie de la generación más joven ha conseguido nada destacado en ningún campo. Los interlocutores se consuelan con consideraciones bastante confusas. ¿No es porque estamos amordazados? No necesitamos libertad de discusión, tenemos las instrucciones del partido y las “indicaciones de Stalin”. Las instrucciones del partido (sin discusión) son precisamente “indicaciones de Stalin”, que, a su vez, se limitan a resumir empíricamente la experiencia de la burocracia. El dogma de la infalibilidad burocrática amordaza a la juventud, impregna su moral de servilismo, de bizantinismo, de falsa “sabiduría”. En algún lugar escondido, sin duda, también hay personas adultas trabajando. Pero los que dan a la joven generación el sello oficial de aprobación llevan una huella indeleble de inmadurez.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es